

Crisis política y conflicto social en Argentina: Alcances y límites de un tipo de participación política no convencional

María Antonia Muñoz

Esto es lo que implica el proceso democrático: la acción de sujetos que trabajando sobre el intervalo entre identidades, reconfiguran las distribuciones de lo privado y lo público, de lo universal y lo particular (Rancière 2006, 89).

Resumen: En muchos países de América Latina y en particular, en Argentina, la década de los noventa fue comúnmente caracterizada por el triunfo de la ideología neoliberal. Aquellas tendencias son actualmente contrarrestadas tanto en el lenguaje como en las acciones. Los mercados sin controles y el Estado mínimo – pares que se solían utilizar como inseparables de la democracia – son actualmente puestos en el lugar de los enemigos del ‘pueblo’. En Argentina, el giro se generó en el contexto de una profunda crisis política y económica que dio lugar en los años 2001 y 2002 a la aparición de la consigna ‘que se vayan todos, que no quede ni uno solo’. En el artículo se estudiará la crisis poniendo especial atención al antagonismo que expresó esa consigna. Se describirá y evaluará el tipo de conflicto político que se desarrolló, contrastándolo con algunos conceptos teóricos propuestos por la teoría de la hegemonía.

Palabras clave: protestas, antagonismo, Laclau, sujetos políticos, crisis.

Desde fines de la década de los noventa e iniciado el siglo XXI, varios países latinoamericanos sufrieron importantes crisis políticas y económicas, a las cuales les sucedieron cambios en las orientaciones ideológicas de los gobiernos y en las formas en que se insertaron en los mercados internacionales. Entre los años 2001 y 2005, numerosos presidentes de la región ganaron las elecciones con un discurso que, en general, se ha caracterizado como de izquierda. Los especialistas no se han puesto de acuerdo sobre qué tan profundo ha sido el cambio, qué grado de institucionalización posee y cuál es el futuro de estos gobiernos. No obstante, es innegable que ha habido importantes transformaciones en el campo de lo político acompañado, también, de relativos éxitos económicos gracias a las ventajas de un mercado internacional con altos precios para las materias primas producidas en la región (Castañeda 2006, Cleary 2006, Panizza 2005).

Aunque no en todos los casos, en países como Bolivia, Venezuela, Ecuador y Argentina, las crisis que precedieron a este nuevo escenario fueron protagonizadas por colectivos que actuaron fuera de los formatos convencionales de participación como, por ejemplo, los partidos políticos. Tal vez, el caso más emblemático sea el de Bolivia, donde los movimientos cocalero, indígenas y campesinos irrumpieron en el espacio público en contra de la privatización de varios recursos naturales. Años más tarde, estos colectivos se aglutinaron tras un candidato, Evo Morales, que ganó las elecciones en el 2005.

Este giro a la izquierda del escenario político latinoamericano fue motivo de debate dentro y fuera de la academia. Una de las líneas del mismo, fue el rol que tuvieron los movimientos sociales, las organizaciones civiles, las redes de acción ciudadana y las protestas. Algunos postularon que gracias a éstos, el modelo neoliberal que guiaba las políticas de los gobiernos pudo ser cambiado por

otro más inclusivo, progresista o socialdemócrata (Espasandín López et al. 2007). Pero aquellos no solo lograron instalar en la agenda sus demandas centrales; estos sujetos son vistos como indicadores de que han cambiado las formas de vinculación y constitución de los colectivos.

Beasley-Murray (2007) señala que, desde el Caracazo en el año 1989 hasta las protestas de diciembre del 2001 en Argentina, han aparecido diferentes formas de acción colectiva que resisten a la representación por parte del Estado. Esto mismo las constituye en garantía de continuidad del proceso instituyente porque impide una clausura hegemónica del cuerpo de la comunidad. Otros autores, en cambio, plantearon que los movimientos y las protestas estaban indicando el debilitamiento de la participación política típica del formato liberal de la democracia, por ejemplo, el voto o las acciones colectivas orientadas a la vida electoral. Así, otras formas de mediación entre Estado y Sociedad aparecían e, incluso, se estaban creando circuitos de participación política alternativos (Arditi 2005). Muchos vieron en aquellos colectivos el augurio de una nueva era de cambio que afectaba a la democracia liberal y/o al capitalismo global (Hardt y Negri 2006, Negri y Cocco 2003). Si bien es cierto que nuevos protagonismos aparecieron en la escena política (los movimientos indígenas, el de los desocupados, el de campesinos, las asambleas barriales, entre otros), todavía no queda muy claro qué tipo de impacto han tenido sobre el sistema político y qué relaciones han mantenido con otros actores como los partidos políticos, los sindicatos y las instituciones público - políticas.

Argentina puede ser un caso interesante para estudiar. Allí es notorio el giro político caracterizado por el agotamiento de un consenso neoliberal y la consolidación de otro más centrado en el rol que deben ocupar las instituciones públicas en el equilibrio de los mercados, la distribución del ingreso y la inclusión social. Además, en aquel país, el cambio fue en el contexto de una multiplicación de demandas y del nacimiento de asociaciones políticas no orientadas a la vía electoral. Aunque desde mediados de la década de los noventa varios movimientos sociales venían cuestionando a las políticas económicas caracterizadas como ‘neoliberales’ y a la corrupción gubernamental, no fue hasta el mes de diciembre del año 2001 que la explosión de demandas desbordó al sistema político.

No solo la prensa local, sino los medios de comunicación del mundo favorecieron la visibilidad de la protesta hacia fuera de las fronteras de dicho país. Los informes más repetidos estaban relacionados con la represión policial, la fuga en helicóptero del presidente de turno y las muertes durante los días 19 y 20 de diciembre. También, como lección paradójica de hasta dónde se puede llegar con un ‘mal gobierno’, la televisión mundial hizo circular la imagen de un grupo de hombres y mujeres recogiendo una vaca muerta en la pampa húmeda, símbolo de prosperidad por sus frutos ganaderos y agrícolas. Las interpretaciones más comunes eran que los políticos corruptos habían hartado a la ciudadanía hasta que, finalmente, ésta salió a protestar. Muchas de las organizaciones ‘altermundistas’ y líderes de los denominados movimientos globales describieron a los conflictos como consecuencias lógicas de un modelo ‘neoliberal’, déspota y explotador. Incluso ‘la crisis’ se convirtió en un componente explicativo protagónico de la retórica de los gobiernos posteriores al año 2001. Hasta la actualidad, ésta funciona como diagnóstico y como explicación de las limitaciones de la política pública y la economía (Muñoz y Retamozo 2008).

Más allá de estas interpretaciones, es posible de afirmar que la excepcionalidad asaltó la escena. Se puede señalar un antes y un después de estas fechas porque las manifestaciones de diciembre del año 2001 se convirtieron en la metáfora de la descomposición del orden político. El conflicto se presentaba como insuperable a través de mecanismos normales como, por ejemplo, la negociación en el parlamento. Los enfrentamientos fueron encarnados por los cuerpos policiales del Estado y la resistencia de los ciudadanos. Agregado a ello, la des-institucionalización se marcó, también, por la dispersión, la intensidad y la persistencia de las manifestaciones, el cambio de cinco presidentes en el término de diez días, la crisis financiera del Estado, la retención de los depósitos bancarios, la desaparición de la Ley de Convertibilidad, el enfrentamiento entre líderes políticos y la imposibilidad de llegar a acuerdos entre los principales partidos políticos. El malestar, la angustia y la desorientación inundaron a la escena pública y mostraron los límites del orden político. En este contexto, entre diciembre del año 2001 y enero del año 2002, hizo aparición la consigna ‘que se vayan todos, que no quede ni uno solo’ (de ahora en más: QSVT).

Diferentes actores sostenían esta consigna, pero sobre todo, las ‘asambleas barriales’, algunas organizaciones ‘piqueteras’, los ‘ahorristas’ y una cantidad importante de ciudadanos no organizados. Las asambleas barriales, se comenzaron a formar a partir de la noche del 19 de diciembre del año 2001 como reacción al Estado de Sitio declarado por el presidente De la Rúa (1999-2001). Frente a sus declaraciones y contrariando el decreto presidencial, vecinos de Capital Federal se reunieron para decidir acciones inmediatas. Según los estudios realizados, la convocatoria inicial no fue confeccionada por alguna organización social sino por ciudadanos descontentos por las acciones del gobierno (Biglieri 2004, Schuster et al. 2002, Vega 2008). Pasados unos días, comenzaron a sistematizar los lugares y los tiempos de reunión. Las tertulias fueron sumando a una diversidad de personas; ciudadanos insatisfechos con el funcionamiento de la democracia y el rendimiento del gobierno, militantes de partidos de izquierda, afiliados a asociaciones piqueteras, trabajadores de fábricas tomadas, ahorristas, etcétera. Las asambleas introdujeron un nuevo elemento en la escena pública ya que su aparición suponía una crítica explícita al funcionamiento del sistema político. En particular, éstas cuestionaban a la representación territorial (institucionalizada por los partidos políticos) y funcional (institucionalizada por los sindicatos) como la principal forma de mediación entre las instituciones estatales y la ciudadanía. En ese sentido, eran diferentes (aunque no contrarias) a las demandas del movimiento piquetero, que sostenía que el daño había sido principalmente económico. Las asambleas no tuvieron un carácter masivo ni organizado a nivel nacional, aunque sí se registró este tipo de prácticas en las ciudades más importantes del país (Bloj 2004).¹

Las organizaciones ‘piqueteras’ eran asociaciones civiles que congregaban, principalmente, a desempleados, subempleados y personas que vivían en condiciones de vulnerabilidad social (sobre todo, pobres e indigentes). Los piqueteros, como se denominaban a sus participantes, comenzaron a ser protagonistas de la protesta social desde fines de la década de los noventa. Sus demandas concretas eran por trabajo y asistencia social directa (subsídios, alimentos, etcétera). Para lograr estos recursos, las organizaciones presionaban a través de las protestas e intentaban negociar directamente con las instituciones públicas y con los dirigentes de los

partidos políticos. Pero más allá de la acción corporativa de las asociaciones, los piqueteros se constituyeron en un movimiento social que reclamaba justicia social y cuestionaba al modelo económico ‘neoliberal’ consolidado durante los gobiernos de Menem (1989-1995 y 1995-1999) y reafirmado por el de De la Rúa (Almeyra 2004, Muñoz 2005, Svampa y Pereyra 2003). El repertorio de acción más utilizado, y al cuál le deben su nombre, era el ‘piquete’, es decir, corte de rutas y espacios públicos de circulación.

Los ‘ahorristas’ eran otro sector que también participaba de las manifestaciones que sostenían la consigna QSVT. Éstos eran ciudadanos reunidos alrededor de la demanda de liberación de los depósitos retenidos por recomendación del Ministro de Economía en diciembre del 2001. Durante todo ese año se había registrado una salida masiva de dólares que servían como respaldo a la política de convertibilidad de la moneda nacional. La Ley de Convertibilidad era uno de los pilares de la política económica y consistía, principalmente, en el establecimiento de una paridad cambiaria de un dólar igual a un peso. Esta fuga masiva llevó a que, los primeros días de diciembre, el Poder Ejecutivo Nacional decretara una serie de restricciones importantes a la entrega en efectivo de los depósitos bancarios. Esto afectó principalmente a grandes sectores de la clase media y perjudicó a los sectores de la economía informal. Frente a esta política, muchos decidieron organizarse para emprender acciones colectivas en reclamo de sus depósitos. Se destacaron dos agrupaciones; la Asociación de Ahorristas de la República Argentina y los Ahorristas Bancarios Argentinos Estafados. Estos últimos se definían como un ‘movimiento popular autoconvocado que nació en la Ciudad de Buenos Aires bajo el dolor y la indignación de miles de argentinos que fueron víctimas de una maniobra defraudadora realizada por el Gobierno Nacional y por el denominado Sistema Financiero’.²

Finalmente, muchos ciudadanos que no participaban de estas redes de acción colectiva u organizaciones, pero que igualmente se sentían dañados por las orientaciones políticas y económicas gubernamentales, comenzaron a participar de las protestas. Hay que aclarar que muchos de los ciudadanos actuaban, a la vez, en diferentes asociaciones (podían ser de una organización de desocupados y también de una asamblea barrial). Así, quienes sostenían la consigna QSVT, escenificaban un conflicto y hacían aparecer a la sociedad como un terreno organizado a través de posiciones antagónicas. Estas líneas demarcatorias entre amigos y enemigos se trazaban entre gobernantes y gobernados, entre quienes detentaban cargos públicos y quienes no.

Este fenómeno, como en el resto de las crisis y de las movilizaciones populares que se produjeron en el resto de América Latina, disparó múltiples reflexiones en torno a la efectividad de estas formas de participación por fuera de los canales partidarios y de los nuevos antagonismos. Algunos auguraron que las protestas y organizaciones detrás de la consigna ‘que se vayan todos, que no quede ni uno solo’ provocarían un importante éxodo del sistema político y nacerían formas de sociabilidad alternativas (Negri et al. 2003). Otros, en cambio, leyeron el proceso como expresión de irracionalidad y de pura frustración social frente a una economía agotada (Lamberto 2003). No obstante, los análisis realizados son insuficientes porque no evalúan con detenimiento las formas de protesta detrás de la consigna y sus consecuencias políticas.

En el presente artículo se analizarán estas protestas como un modo particular de

participación política no convencional, es decir, como un conflicto que desbordó los canales institucionalizados de participación política.³ Se prestará atención a cómo diferentes demandas y organizaciones se vincularon detrás de la consigna QSVT y cómo ésta ‘metaforizó’ una frontera social o un antagonismo. Además, se evaluará si la relación entre las organizaciones y la ciudadanía que sostenía la consigna generó una nueva identidad política. En palabras de Gramsci, se analizará si estas protestas pusieron en jaque un tipo de hegemonía al constituirse en una voluntad colectiva que pudiera devenir en una alternativa o representó la simple negatividad de un orden que se había agotado.

Dos tipos de fuentes fueron utilizadas para este estudio; primarias (entrevistas y periódicos) y secundarias (textos académicos relacionados con el tema).⁴ Estas fuentes permitieron obtener información histórica sobre las formas de protesta, las demandas y los diferentes actores que fueron protagonistas del proceso. Otra herramienta de análisis muy poderosa fue el estudio del discurso de los diferentes interlocutores. Para estudiar la producción de sentidos, así como los enfrentamientos y la toma de posiciones, se escogieron como unidades de observación los discursos de las figuras relevantes del gobierno (presidente y ministros), líderes de partidos políticos de oposición y sindicatos, participantes y dirigentes de organizaciones piqueteros y asambleas barriales. Como la perspectiva teórica asumida supone que la construcción de significados no se restringe a los elementos lingüísticos (Laclau 2005), también se analizaron las acciones colectivas de estas organizaciones entre los años 2001 y 2002 (movilizaciones, protestas, planes de lucha y acciones emprendidas a nivel territorial), así como las respuestas de los gobiernos a través de políticas públicas y de las acciones emprendidas por otros actores institucionalizados.

Demandas, conflicto político e identidades

Durante mucho tiempo, la teoría política le otorgó al conflicto una posición marginal. Era producto de la irracionalidad de los actores, del mal funcionamiento de un sistema político o de procesos considerados anormales que podrían ser eliminados. No obstante, desde diferentes cuerpos teóricos, varios intelectuales han discutido con aquella concepción. Para pensadores como Touraine (1986) y Lefort (1990) la división y el conflicto son elementos constitutivos de la vida política. Esta posición no descarta la necesidad de pensar la política como un conjunto de instituciones que mantienen la capacidad de tomar decisiones vinculantes (y todos los procedimientos que ello conlleva). Más bien, se trata de una concepción de la política donde las instituciones no son un fin en sí mismo, sino formas de reglamentación que permiten que la división social se exprese sin que el conflicto se convierta en violencia física.

Para abordar el problema del papel de la participación política desde fuera de los canales convencionales será útil recuperar esta perspectiva que distingue entre las formas generales de institución de una sociedad (lo político) de la forma concreta en que se institucionaliza el conflicto (la política) (Lefort 1990). Esto permite estudiar a los sujetos o movimientos que actúan por fuera de los formatos clásicos de la democracia liberal, sin clasificarlos de antemano como anti-democráticos. La teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe (2004) provee de una serie de concep-

tos útiles para explicar y reflexionar sobre estos fenómenos. Para este cuerpo teórico la política está asociada a la interrupción de lo social por efecto de la aparición de un sujeto heterogéneo. Así la política se asocia a la producción de fronteras internas al orden social o, lo que es lo mismo, a la formación de antagonismos. Para Laclau y Mouffe, los antagonismos no son posibles de explicar desde una lógica objetiva histórica, ni desde un lugar de la estructura social, ni desde los desajustes del sistema político. Al contrario, estos suponen la suspensión o el límite de la ‘objetividad social’; introducen en el espacio comunitario demandas, discursos y/o identidades que son incommensurables a la organización de éste y que, por tanto, lo atraviesan y lo fracturan.

¿Cuáles son las condiciones de formación de un antagonismo? Según los autores, cuando individuos u organizaciones elevan una serie de demandas que no son resueltas por el poder público, aquellos pueden vincularse producto de su situación compartida; la frustración social o la dimensión de ‘negatividad’. Esta relación entre demandas que se consideran semejantes frente a un poder que es insensible a ellas, se la llama ‘cadena de equivalencias’. Como se puede deducir de esto, la construcción de una ‘cadena de equivalencias’ entre luchas discretas es posible porque las demandas que ellas elevan están internamente escindidas. Además de la dimensión particular o positiva de las mismas (por ejemplo, el pedido de pan, de trabajo o de vivienda), éstas contienen un ‘exceso de sentido’ que es lo que permite la relación entre las diversas reivindicaciones. Sin esta experiencia de una falta, frustración o negatividad, las diferencias harían imposible la puesta en común. En principio, los antagonismos son posibles porque un conjunto de demandas y sujetos se definen por actuar en contra un de un enemigo compartido.

Ahora bien, para la teoría, la relación entre demandas a partir de su dimensión de negatividad es posible, también, por la producción de ‘significantes vacíos’. Este concepto se refiere al rol que cumplen ciertas demandas que, tendencialmente, se van vaciando de sus contenidos específicos, es decir, de su dimensión positiva, para representar al conjunto de reivindicaciones o cadena de equivalencias. Casos típicos de significantes vacíos son el de ‘justicia social’ para el movimiento peronista argentino, la consigna de ‘paz, pan y trabajo’ al inicio de la revolución rusa o, en la actualidad, el famoso lema ‘otro mundo es posible’ en el caso de los movimientos ‘altermundistas’. Estas demandas sirvieron de ‘anclaje’ frente a la dispersión y diversidad de reivindicaciones. Dicho de otra manera, la producción de significantes vacíos también permite que la diversidad de demandas y las organizaciones que las reivindican (por ejemplo, sindicatos, organizaciones sociales o asociaciones civiles) se sientan solidarias entre sí y constituyan un campo común o ‘amigo’ frente a uno que se define como ‘enemigo’.

En *Hegemonía y Estrategia Socialista* ([1985] 2004) los autores explican que la relación entre las demandas, la producción de las cadenas de equivalencias y los significantes vacíos van transformando la identidad y los sentidos de los colectivos que las sostienen. Así, se va creando una identidad social más amplia, donde cada una de las demandas concretas ocupa un lugar y adquiere un nuevo significado en relación con las otras (relaciones de diferencia). A este tipo de relación se le llama ‘articulación’. Para Laclau y Mouffe, la articulación es ‘toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica’ (142). Esto tiene como consecuencia una ‘totalidad es-

tructurada' que ellos llaman 'discurso' o 'identidad'. Según este concepto cuando, por ejemplo, una organización se pone en relación con otras, pasa a ser parte o momento de una estructura mayor, lo que transforma los sentidos de sí misma y de aquella identidad colectiva.

En posteriores trabajos, Laclau argumenta que la construcción de una identidad o un sujeto político supone, también, la constitución de un mito. El trabajo del mito consiste en suturar, superar o cerrar, el espacio social fracturado o en crisis, a través de la construcción de nuevas representaciones sociales acerca de lo que debería ser la sociedad plena. 'La eficacia del mito es así esencialmente hegemónica: consiste en constituir una nueva objetividad a través de la re articulación de los elementos dislocados' (Laclau 2000, 77). Un imaginario social, en cambio, se constituye cuando ese mito (por ejemplo, las ideas de 'socialismo y revolución', 'sociedad autogestionada', 'patria peronista', 'huelga general', etcétera) comienza a ser efectivo y se convierte en una metáfora o superficie de inscripción de otras demandas. En otras palabras, cuando éstas comienzan a ser articuladas y reorganizadas en esta nueva estructura significativa, constituyendo una voluntad colectiva o sujeto político. Así, desde fuera del ámbito estatal o gubernamental, los movimientos podrían tener la capacidad de instituir nuevas formas de comprensión del orden social al instalar demandas que se conviertan en superficies de inscripción de otras demandas.

Así, cuando la teoría de la hegemonía hace referencia a lo político, supone la existencia de identidades sociales que se forman a partir de la definición un enemigo que se identifica como el reverso de la propia negatividad, lo que implica la constitución de efectos de frontera hacia el interior de una sociedad, significantes vacíos y relaciones de articulación. Pero agregado a ello, la formación de una identidad hegemónica implica, como diría Castoriadis (2005), nuevas significaciones e instituciones sociales con capacidad de instalar nuevas reglas y justificaciones para ordenar la sociedad.⁵ En otras palabras, implicaría la formación de identidades con tendencias o promesas de ordenación social. En las secciones que vienen se analizará el QSVT como un significante vacío y se describirá el tipo de relación que establecieron las organizaciones y la ciudadanía que sostenía la consigna, usando como guía teórica los conceptos que se acaban de explicar. No obstante, antes de avanzar sobre esto, se describirá el contexto histórico en el cual surgieron las protestas.

La crisis como disolución de las certezas económicas, sociales y políticas

Si bien la crisis política en Argentina pareció concentrarse en diciembre del año 2001 y enero del 2002, desde años anteriores el crecimiento de las protestas, el aumento de la represión policial, la disolución de la alianza de partidos en el gobierno y el crecimiento del abstencionismo daban paso a un debate sobre la legitimidad del gobierno. Pero éste no era el único cuestionado.

Pueden observarse tres momentos de la crisis. El primero se extiende del año 1998 a diciembre del 2001. Este período se caracterizó por el debilitamiento del modelo económico sobre el cual los gobiernos de Menem y De la Rúa habían basado sus políticas. Agregado a ello, los canales de mediación entre el Estado y la sociedad también estaban cuestionados.

Desde 1998 la economía comenzó a sufrir una recesión que se percibió de manera notable en el aumento del desempleo, la pobreza y la fuga de capitales. En este contexto, pero, sobre todo, durante el año 2001, el conflicto político había florecido sentando posiciones a favor y en contra de las consecuencias sociales del modelo económico. Nuevos repertorios de acción (cortes de ruta, ollas populares, huelgas de hambre), mayor disposición al enfrentamiento físico (quema de edificios públicos y resistencia frente a la represión policial) y nuevos actores aparecieron en la escena. ‘Durante los 90, simultáneamente con el crecimiento de la insurgencia, se multiplican las organizaciones de base, siendo las más activas aquellas que agrupaban a los desempleados [...] Decenas de organizaciones surgen durante los cortes de ruta, fundamentalmente a partir del año 1999’ (Auyero 2002, 196) Durante el gobierno de Menem, las manifestaciones de los piqueteros representaban el 10 por ciento del total de las protestas, mientras que entre 1999 y 2001 crecieron al 28 por ciento (Schuster et al. 2006) Éstos se manifestaban en todo el país cuestionando la exclusión social como producto de la economía en su formato neoliberal y se la asociaba, también, a las prácticas corruptas y corporativistas del gobierno. Los principales sindicatos, también se manifestaban a través de huelgas y manifestaciones callejeras, muchas veces declaradas ilegales por el gobierno.

Farinetti (1999) señala este crecimiento de organizaciones y redes ciudadanas que se manifestaban en contra de la situación económica y pretendían reconstruir lazos fuera y en contra del Estado, de los partidos políticos y de los sindicatos tradicionales. Para la autora, los cambios en los repertorios de acción y en las demandas derivaron en formas de ‘organización popular nuevas’, creando novedosas redes sociales. Además de las organizaciones de desocupados (‘piqueteros’), también aparecieron en la escena pública los ‘clubes de trueque’ y las asociaciones de trabajadores de ‘fábricas tomadas’. Éstas eran fábricas abandonadas por sus dueños y reactivadas por sus trabajadores y los primeros eran redes ciudadanas en las cuales se intercambiaban mercancías y servicios sin la existencia de moneda o metálico. Todas estas organizaciones sostenían discursos muy críticos a la democracia tal como se había desarrollado en Argentina y reclamaban formas de democracia directa.

Aunque las políticas económicas de carácter neoliberal parecían ser el principal objeto del conflicto, los partidos políticos y sus líderes no estaban exentos de la polémica (Pousadela 2006). En octubre del año 2001, se realizaron elecciones legislativas en donde el grado de participación electoral fue muy bajo en comparación con las elecciones previas. Las abstenciones pasaron del 18.4 por ciento en el año 1999, al 26.3 por ciento en el 2001 y los votos en blanco pasaron del 6.6 por ciento al 22 por ciento (porcentajes en relación con el total del padrón electoral). Los principales partidos (el Frente para un País Solidario, FREPASO; el Partido Justicialista, PJ; y la Unión Cívica Radical, UCR) perdieron un importante porcentaje de votantes. Más de 4 sobre 10 ciudadanos no concurrieron a las urnas o lo hicieron expresando rechazo al votar en blanco o anulando el voto (Cheresky 2004).

El segundo momento de la crisis pareció concentrarse en el mes de diciembre hasta la asunción del senador Eduardo Duhalde como presidente de la Nación (01.01.2002). En este período se profundizó la situación de ingobernabilidad caracterizada por la multiplicación de las protestas, el aumento de la represión policial y el quiebre de élites políticas.

En ese mes, al rechazo generalizado del modelo económico y al malestar en relación con los partidos, se sumó la reacción de otros sectores de la ciudadanía frente a la retención de depósitos bancarios. La medida del gobierno provocó una profundización de la crisis económica por la falta de liquidez del sistema financiero, lo que disparó los saqueos, por un lado, y las movilizaciones de los pequeños ahorristas y comerciantes, por el otro. Hasta el momento la protesta se venía desenvolviendo en el marco de las organizaciones ya nombradas, pero en ese diciembre se dispararon las protestas, sobre todo las de tipo violentas, sin que tuvieran visibilidad quien las convocaba. Entre el 13 y el 22 de ese mes, se registraron 584 ataques a diferentes comercios y supermercados (Iñigo Carrera y Cotarello 2003) Para Auyero (2006, 2007), los saqueos fueron activados por redes en donde participaron los referentes locales de los partidos políticos opositores, que en muchos casos, ofrecieron recursos para la organización e instigaron a los vecinos de zonas pobres a saquear pequeños comercios y mercados. Además, estos actuaron en connivencia con la policía que, en muchas zonas del país, no reprimió ni emprendió ninguna acción contra los saqueadores. Esta ‘zona gris’ de la política, es decir, estas relaciones clandestinas entre la violencia, la vida cotidiana y la política partidaria, pone de relieve la ruptura del pacto de convivencia democrática entre estos actores.

El 19 de diciembre, tras las sostenidas protestas en todo el país y una serie de saqueos que le costaron la vida a cinco de sus participantes, el presidente De la Rúa decretó Estado de Sitio. Antes, la policía había realizado un despliegue sobre las zonas más humildes del conurbano, espacio geográfico donde las protestas piqueteras se habían concentrado (Zibechi 2003). Mientras el gobierno definía a los sectores más humildes como las potenciales amenazas a sus intentos de control de la situación, los que también, pero inesperadamente, se comenzaron a movilizar en su contra fueron importantes sectores de la clase media. Inmediatamente a las declaraciones del presidente, se comenzaron a registrar en varias ciudades del país el ruido de bocinas, cacerolas y otro tipo de utensilios. Luego, muchos ciudadanos, comenzaron a reunirse en las calles y marchar al centro de las ciudades, contrariando el decreto presidencial. El principal escenario fue el de la Capital Federal, donde en los días 19 y 20 se concentraron las mayores movilizaciones y enfrentamientos entre las fuerzas de coerción del Estado y manifestantes. Madres de plaza de mayo, grupos de personas en motos (‘motoqueros’), desocupados, militantes de partidos de izquierda, pero sobre todo, ciudadanos no afiliados a ninguna organización, fueron los protagonistas de estas acciones colectivas.

Si bien en el interior del país, hubo organizaciones que convocaron a movilizaciones, en Capital Federal nadie se adjudicó posteriormente la organización de estas movilizaciones.

El proceso, en suma, no tuvo un autor, es decir, alguien que lo convocara, lo dirigiera y controlara su curso. No tuvo, en consecuencia, un significado único. De hecho, las motivaciones de los manifestantes fueron extremadamente diversas: desde la indignación por la declaración del estado de sitio hasta el repudio del ‘corralito’ bancario, pasando por el rechazo hacia un modelo excluyente e injusto de crecimiento económico y la crítica a un sistema político ineficiente, ineficaz y, sobre todo, corrupto (Pousadela 2006, 87).

Los diarios y las declaraciones de los participantes evidencian las consignas, marcadas por un rechazo, en especial, a las organizaciones y líderes relacionados con el poder político:

Ohhh, que se vayan todos, ohhh, que no quede, ni uno solo [...]. Baila la hincha baila, baila de corazón, sin radicales, sin peronistas, vamos a vivir mejor [...]. ¿Adónde está? ¿Adónde está? La burocracia sindical [...]. ¿Adónde está? Que no se ve Esa famosa CGT [...]. Hay que saltar, hay que saltar, el que no salta es militar [...].⁶

Como se puede observar, el QSVT estaba disponible en el escenario para convertirse luego en un referente simbólico aunque, según los relatos y los reportes que se hacen de esos días, no había consignas unificadas (Iñigo Carrera y Cotarello 2003, Schuster et al. 2002). En otras palabras, eran demandas dispersas que no parecían concurrir en una consigna común.

Las batallas desplegadas en las calles entre la policía y los manifestantes de los días 19 y 20 de diciembre pusieron de manifiesto que el gobierno ya no tenía otro recurso que la violencia para controlar las demandas. Durante el gobierno de De la Rúa ya se había manifestado varias veces la incapacidad de tomar decisiones políticas sin forzar el Estado de Derecho. Pero el crecimiento de los manifestantes en los enfrentamientos, las tres docenas de muertos producto de ello, parecía dejar al desnudo la coerción, quedándose sin legitimidad política para su uso.

A ello se agregaba la descomposición de los apoyos que tenía el gobierno y la ausencia de una coalición que estuviera en condiciones de relevarlo.⁷ Sectores del Partido Justicialista, como se dijo, habían sido promotores o habían apoyado a los saqueos. Además, era mayoría en la cámara legislativa y se negó a formar una alianza que le diera continuidad a los partidos en el poder (FREPASO y UCR). Además, las asociaciones de empresarios y los sindicatos le retiraron el apoyo al presidente. La policía de la provincia de Buenos Aires, pero también la Federal, parecía no responder al poder ejecutivo. Por varios días, ni el oficialismo ni la oposición lograban ponerse de acuerdo acerca de cómo resolver la crisis. Estos hechos parecieron poner en suspenso a la política como conjunto de instituciones que normalizan el conflicto social. En este contexto apareció la consigna ‘ícono’ de esos días, ‘que se vayan todos, que no quede ni uno solo’.

El tercer momento, al que se atenderá a continuación, se caracterizó por una particular organización antagónica del espacio público. Luego de llegar a un acuerdo entre los partidos políticos mayoritarios (PJ, UCR, FREPASO), el senador por el PJ, Eduardo Duhalde, se convirtió en presidente de la Nación. Este comenzó a ensayar una estrategia política dirigida a construir un modelo económico basándose en la devaluación de la moneda nacional como estímulo al sector exportador. Además, centró su discurso en la revalorización del Estado como garante de la justicia social y en la promesa de reparación a los que habían sido perjudicados por el modelo neoliberal (Camou 2004, Cheresky 2004, Muñoz y Retamozo 2008) Por el otro, asambleas barriales, ahorristas, sectores de piqueteros, organizaciones civiles, sindicatos y gremios se manifestaban por sus demandas particulares pero con un enemigo común; aquellos que detentaban cargos públicos. La expresión más habitual de este rechazo fue la demanda ‘que se vayan todos, que no quede ni uno solo’ (QSVT).

Origen, organizaciones y los significados del QSVT

En América Latina, la desconfianza por los partidos políticos, los sindicatos, los parlamentos creció durante la década de los noventa. Esta tendencia se ha combinado, en algunos países, con manifestaciones en contra de la clase política tradicional y el surgimiento de líderes y movimientos que proponen una nueva institucionalidad, diferente de la democrática liberal, como en Venezuela, Bolivia y Ecuador. En Argentina, luego de la descomposición de alianzas alrededor del modelo neoliberal a fines del año 2001 y con la llegada del presidente Duhalde al gobierno, la desconfianza hacia las instituciones de representación política se combinó con el impulso de la consigna QSVT. Las organizaciones detrás de aquella eran variadas; las asambleas barriales, agrupaciones de ahorristas, organizaciones piqueteras, asociaciones de abogados, entre otros.

Hasta el momento, la desconfianza institucional y la decepción de un gran sector de la población con el funcionamiento real de la democracia se registraban de diversas formas; a través del absentismo electoral, del crecimiento de la protesta, de las consignas de los manifestantes, etcétera. Desde diferentes espectros ideológicos se escuchaban voces insatisfechas,

En el último tiempo se han puesto de manifiesto el rápido deterioro del gobierno actual y el cuadro de vaciamiento político expresado en la incapacidad de las denominadas instituciones públicas para asumir y resolver la situación social imperante, hecho que no hace más que agravar los efectos de la sostenida crisis económica y social. En este contexto que ratifica como dilema central de la Argentina la opción entre democracia o ajuste [...].⁸ La huelga general ha tenido mucho éxito. ¡Toda la Argentina debe convertirse en piquetera, *hasta que se vayan todos!*⁹

Con la interrupción del QSVT, aparecía con claridad la ruptura institucional que manifestaba una gran parte de la ciudadanía y una línea de enemistad contra el gobierno y la clase política en general. Una de las cosas que sorprendió de las manifestaciones de los días 19 y 20 de diciembre fue el grado de espontaneidad y la falta de afiliación política de los manifestantes. Ahora bien, es necesario aclarar dos cosas. En primer lugar, la creación de la consigna es posible que fuera anónima y espontánea, pero el uso de la misma fue impulsado por organizaciones sociales en acciones colectivas coordinadas y programadas; las asambleas barriales, organizaciones piqueteras, ahorristas, asociaciones profesionales y laborales. En segundo lugar, aunque la consigna comenzó a estar disponible para el uso de los actores colectivos previamente, como se puede observar en las anteriores citas, la fuerza de la misma y el sentido de aproximación entre las organizaciones y la ciudadanía por el rechazo a la clase política, se intensificaron a partir de los últimos días del año 2001 y principios del año 2002.

El 10 de enero del 2002 se realizó una de las primeras manifestaciones donde la consigna se destacaba frente a la diversidad de las demandas. La manifestación fue convocada por la Asociación de Abogados Laboralistas para pedir la renuncia de la corte, demanda que continuaría durante mucho tiempo. A la manifestación se sumaron diversidad de organizaciones; asambleas barriales, ahorristas, organizaciones piqueteras, el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos, Madres de

Plaza de Mayo, ciudadanos no organizados, algunos sindicatos. El líder de la organización que convocabía declaraba,

La movilización tuvo dos destinos, la Corte y la dirigencia política. Los representantes del pueblo tienen que hacerse cargo de la señal de la sociedad. Es difícil que la clase política siga mirando para un costado. Durante diez años radicales y peronistas cajonearon los pedidos de juicio político pero ahora les va a resultar muy difícil o van a tener que pagar un precio muy alto.¹⁰

Como se observa, la convocatoria de la organización no pretendía desconocer la forma de la representación política, pero si se rechazaba explícitamente el accionar de los representantes. Más allá de esta interpretación en concreto, el sentido de la consigna comenzó a desbordar el pedido de renuncia de los jueces de la Corte Suprema de Justicia.

En sucesivas manifestaciones, casi semanales, en diversas ciudades se congregaban organizaciones de ciudadanos con la intención de recuperar sus ahorros y a demandar por la pesificación de las deudas (es decir, que se les devaluara la deuda a moneda nacional así como había ocurrido con el resto de las transacciones económicas). Los convocantes eran aquellos pero a las protestas se sumaban diversidad de organizaciones. La consigna común que se coreaba era QSVT. En un principio, los protagonistas de estas movilizaciones eran los ahorristas, las asambleas barriales, los sectores de agrupaciones piqueteras, las madres de plaza de mayo y ciudadanos en general. Pasados unos meses, partidos políticos de oposición, sindicatos, y una cantidad importante de redes ciudadanas o asociaciones sostenían la consigna en combinación con sus demandas corporativas.

Para comprender mejor la crisis política es mejor no identificar el QSVT con un único repertorio de acción o un solo tipo de organización política. Muchos la relacionaron solamente con las asambleas y los cacerolazos.¹¹ No obstante, la consigna fue sostenida por una diversidad de organizaciones. Según las encuestas en marzo del 2002, dos tercios de los entrevistados se sentían identificados con la protesta.¹² Como se dijo más arriba, asambleas barriales, ahorristas, organizaciones de piqueteros, partidos políticos y sindicatos convocaban a movilizaciones amparadas en ella. Por ejemplo, pasada la segunda mitad del 2002, la Central del Trabajo Argentina (CTA), el partido de centro-izquierda ‘Argentinos por una República de Iguales’ (ARI) y el de izquierda ‘Libertad y Autodeterminación’, se reunieron para organizar un programa de acción conjunto, que se titulaba ‘que se vayan todos, para que gobierne el pueblo’. En las protestas organizadas a partir de esta plataforma política se coreaba el QSVT. Por otra parte, El Bloque Piquetero Nacional, el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados y la organización ‘Barrios de Pie’ convocaron el 7 de agosto a un ‘acampe’ en plaza de Mayo con la consigna QSVT. Detrás de la consigna, de nuevo, las demandas eran variadas; la caducidad de los mandatos legislativos, contra el modo en que el Gobierno dispuso las internas abiertas, el retiro del país de O’Neil representante del FMI, la renuncia del presidente, libertad a los presos políticos, entre otros. No había nada en las demandas concretas, es decir, en la positividad de las mismas, que las hiciera iguales o equivalentes.

Será mejor analizar que significaba, para cada uno de las organizaciones, el rechazo a la clase política y cuáles eran las demandas detrás del QSVT. Los asam-

bleístas demandaban la recuperación de la soberanía popular en manos de la ciudadanía. Un boletín publicado por la Asamblea Primero de Mayo denunciaba el hambre y la desocupación y planteaba que las decisiones que cambiaron ese rumbo,

Sólo las tomará un gobierno del pueblo, es decir, un gobierno que nazca de las luchas de los sectores que estamos hoy en la calle. Pero para eso falta bastante tiempo, por eso entendemos que debemos responder a las necesidades inmediatas, porque el hambre no puede esperar.¹³

A partir de esta diferencia entre las acciones de largo plazo y corto plazo, en lo inmediato rechazaban el pago de la deuda externa, los planes de ajuste impuestos por el Fondo Monetario Internacional (FMI), la licuación de la deuda de los grupos económicos y transnacionales y se repudiaba el alza de las tarifas de servicios públicos. Además, se impulsaban movilizaciones contra la Corte Suprema de Justicia, se pedía por la nacionalización de la banca, re estatización de las empresas públicas privatizadas, con la necesidad de un empleo digno y de alimentación. Las posiciones eran múltiples, si bien se rechazaba la representación política y los liderazgos partidarios y sindicales, las demandas finalmente reconocían al Estado como interlocutor al cuál se dirigían las reivindicaciones.

En sintonía con esta idea de recuperar el poder en manos de la gente, estaban muchas organizaciones ‘piqueteras’. Los denominados MTDs, movimientos de trabajadores desocupados de tipo horizontalistas y autonomistas, sostenían que la negatividad de la consigna permitía romper con el poder político para recuperarlo por su propietario original; ‘el pueblo’. El ‘colectivo situaciones’ es representativo de esta posición,

Si de lo que se trata es de recorrer este espacio de libertad que se nos ha abierto, la forma de este recorrido no puede perder su radicalidad de origen. De aquí, entonces, la permanencia de la consigna ‘que se vayan todos’, y su insistente aclaración, ‘que no quede ni uno solo’. Aún sin tener un sentido único, en las asambleas esta consigna va tomando una significación clara. No se trata, como podría interpretarse ligeramente, de una consigna ‘negativa’, sino de un rechazo cuya potencia surge de lo que logra abrir’ (Colectivo Situaciones 2002, 2).

Para estas organizaciones la estrategia era construir un contrapoder y veían en la consigna QSVT una oportunidad política para profundizar la huida del Estado.

La unidad no puede ser una consigna abstracta sino unidad de lo múltiple. Lo que implica toda una labor consistente en crear espacios, territorios y tiempos propios del piquete y de la asamblea, que permitan substraerse de las interpelaciones del periodismo, del gobierno y de los partidos, para pasar a asumir cada aspecto de la coyuntura desde – exclusivamente – la propia potencia de los movimientos y la propia percepción de los desafíos y problemas que se enfrentan¹⁴.

Como lo expresa el texto citado, muchos consideraban que la consigna debía marcar el punto de partida para un proceso de éxodo, de retirada hacia sus propias dinámicas, hacia sus propios espacios.

Como se puede deducir de lo anterior, para muchos, las movilizaciones ponían en acción el mito de la sociedad autogestionada. En esta desaparecería la distancia entre la decisión y la voluntad popular, la cual encontraba un límite en los repre-

sentantes. En sintonía con las asambleas, el QSVT despertó entre muchos ciudadanos y organizaciones la ilusión de la autogestión popular y la eliminación de ‘la política’ mediante la desaparición de la representación. Esto parecía posible ya que, por un momento, la representación pareció quedar suspendida. Pero ¿por cuánto tiempo era sostenible y cuáles eran los riesgos de su permanencia en el tiempo?

Otros, en cambio, sostenían esa consigna como mero rechazo a una situación injusta, como rechazo y expresión de un agravio.

Quienes gritaban que se vayan todos repudiaban la corrupción, la impotencia, la ineficacia, el cinismo de los gobernantes, no expresaban el odio al sistema ni la voluntad tampoco de salir de él en el famoso éxodo propuesto por Negri (Almeyra 2004, 178).

En esta línea, se podían ver aquellos manifestantes que expresaban otro nivel tipo de demandas. Una señora reclamaba en una manifestación el 17 de enero del año 2002,

Vengo porque falta el trabajo, porque queremos *que se vayan todos* los que nos gobernarón mal durante años. Queremos darles de comer a nuestros hijos (Fernández 200, 40).

Para muchos ciudadanos, el QSVT era una expresión de su frustración frente al rendimiento de los gobiernos, pero no un rechazo al gobierno como órgano de administración de los recursos y el poder estatal.

Otros que sostenían una posición contra la clase política y aquella consigna eran los ahorristas. Éstos tenían como demanda concreta recuperar sus ahorros pero, además, expresaban su frustración frente al sistema de representación político. No obstante, de nuevo este es un rechazo al mal rendimiento de los gobiernos y no necesariamente a la forma política como tal. Las organizaciones de ahorristas pedían que se vayan todos, pero a la vez la recuperación de los ahorros al Estado y sostenían reuniones con funcionarios del gobierno para negociar esta demanda. Un ahorrista sostenía,

En la Argentina se grita *que se vayan todos, que no quede ni uno solo*. Los políticos, los banqueros, los empresarios, los periodistas de la TV, la gente ‘bien’ se asusta. Los intelectuales se interrogan. Pero está claro: que se vaya el sistema de la representación política, que separa protagonistas y espectadores, y que se vaya el capital que separa productores y expropiadores. ‘Que se vayan todos’, resuena con la potencia de las verdades elementales. Que no quede ni uno sólo, por si cabía alguna duda [...].¹⁵

Si bien en el nivel del discurso la radicalidad era importante, las organizaciones no sostenían un programa ni ‘anti-capitalista’, ni ‘anti-estatalista’.

Por otra parte, algunos partidos de izquierda (sobre todo los trotskistas) sostenían que esta consigna era equivalente a la ‘huelga general’, ‘asamblea constituyente’ o la ‘revolución’, mito que se proponía como superación de la crisis política. Un militante del Partido de los Trabajadores Socialistas declaraba:

¡Qué se vayan todos! Que no quede ni un ladrillo en pie del viejo régimen: por una asamblea constituyente revolucionaria. La necesaria e imprescindible unidad de lucha entre los trabajadores, los piqueteros, y las asambleas populares

sólo podrá estar basada en la independencia política y organizativa de los capitalistas, sus políticos y las instituciones del régimen. El norte, expropiar a los expropiadores.¹⁶

Finalmente, muchas agrupaciones piqueteras adherían a esta interpretación de la consigna como momento de ruptura con un tipo de democracia liberal y modo de producción capitalista.

Este análisis confirma, en parte, lo que se había dicho acerca de las consignas o significantes vacíos, como prefiere llamarlos Laclau. La consigna sirvió para que muchas organizaciones y ciudadanía que elevaba diferentes demandas al poder político se manifestaran de manera simultánea con un cierto grado de coordinación social. El vaciamiento de la consigna¹⁷ permitió vincular a diferentes sectores sociales y a organizaciones que antes de ella no realizaban acciones conjuntas.

Así, el QSVT permitía ser el paraguas para exponer múltiples demandas tras la fórmula general de un daño, poniendo a prueba las líneas o los principios de unidad de la comunidad política argentina.¹⁸ La afirmación que parecía hacerse era que, aquellos que se sentían excluidos, ya no acordaban con la forma en que la sociedad se organizaba, la pregunta que se disparaba era qué régimen político debían darse los argentinos. Esta descomposición del escenario político tuvo como contraparte positiva la producción de diferentes discursos que repensaban la sociedad, el lugar del Estado y la economía.

No obstante, la consigna no alcanzó para crear una identidad colectiva que permitiera salidas institucionales, económicas y políticas a la crisis. Después de estas acciones compartidas, las organizaciones siguieron fragmentadas, no se creó un partido político, ni un sindicato, ni otro tipo de indicador que permitiera consolidar alguna posición compartida más allá del rechazo. Incluso, muchos de los que compartían el sentido de frustración que contenía la frase no siempre apoyaban las acciones de las asambleas o de los piqueteros. Hay que aclarar que las protestas por demandas particulares no cesaron en ningún momento, dado que había quien se manifestaba solo por alimentos, planes de trabajo, el pago de sus salarios y esperaban que el gobierno les diera una respuesta. Así, la consigna cruzó transversalmente a las posiciones políticas sin crear articulaciones entre las mismas ni un imaginario compartido, parecía tener convocatoria solo a partir del puro rechazo y la negatividad.

Vinculación política sin articulación

Hasta aquí se hizo referencia a que esta identificación colectiva a partir de la consigna QSVT fue útil para poner en ‘sintonía’ o ‘vincular’ a diferentes organizaciones. No obstante, todavía no se han ofrecido mayores detalles del tipo de relación que se establecieron entre ellas. En otras palabras, el efecto de la solidaridad o ‘comunalidad’ dada por la idea de quién era el causante de la falta de plenitud social fue evidente cuando se comenzaron a generar intercambios y sostener relaciones entre diferentes organizaciones. También fue evidente por la explosión de simpatizantes y afiliados a estas últimas. No obstante, es difícil llegar a la conclusión de que la consigna permitiera constituir una estructura discursiva o nueva identidad colectiva producto de articulaciones políticas.

A mediados de enero la consigna ‘piquete y cacerola, la lucha es una sola’ fue el reflejo de esa puesta en común. Además, se crearon organizaciones de enlace entre organizaciones como ‘el Plenario de Asambleas Autónomas’, el ‘Movimiento Político Asambleas del Pueblo’, ‘Enlace Sur’ y el ‘Espacio Piquete y Cacerola’. A fines de ese mes y principios de febrero, los diarios colaboraron con consolidar esa imagen compartida a través de titulares que dictaban esa consigna e imágenes de las manifestaciones comunes. De hecho, durante todo el año 2002, no solo fueron los piqueteros y las asambleas quienes entraron en contacto para coordinar acciones; también lo hicieron sindicatos, partidos políticos de izquierda y nuevos partidos, como el ARI.

A pesar de estas acciones coordinadas, las alianzas eran coyunturales y no lo graban articularse de tal forma de identificarse mutuamente más allá del mismo enemigo. Un ejemplo de ello lo puede proveer un estudio realizado por Fernández (2008) sobre las asambleas barriales y sobre diversas movilizaciones y acciones de protesta. En un cacerolazo realizado el día 17 de enero del 2002 en contra de la Corte Suprema, se realizaron entrevistas a los que participaron; familias muy pobres, desocupados de diferentes zonas geográficas e individuos aislados de clase media-alta. La consigna más coreada era QSVT y la frase que más repetían al explicar su participación era ‘yo no tengo nada que perder’.

Fernández relata que al preguntarle a una señora de clase media-alta, ‘¿Por qué vino?’. Ella respondía, ‘Para apoyar al pueblo’. Es decir, no se sentía identificada o como dice la investigadora ‘no se desclasa’, no se consideraba parte del ‘pueblo’. En otras palabras, no se nombraba como parte de una misma identidad con los otros, aunque igualmente participaba. Este tipo de apoyo o alianza momentánea era común entre los sectores. Otra mujer de 53 años, desempleada y pobre declaraba,

Vengo porque falta el trabajo, porque queremos que se vayan todos estos que nos gobernaron mal durante tantos años. Queremos darles de comer a nuestros hijos. [...] ‘Las clases sociales convergen, pero no se mezclan, y esto se expresa en el emplazamiento espacial: los sectores más humildes se ubicaron por La-ville, a la izquierda del Palacio de Justicia; los más ‘acomodados’, provenientes de Zona Norte, a la derecha; las asambleas barriales en el centro (2008, 40).

Podría argumentarse que todavía era muy pronto para que los diversos agentes crearan una identidad colectiva ya que este ejemplo data de principios del año 2002, cuando recién la consigna comenzó a ser usada. No obstante, un intento posterior (y frustrado) de articulación puede ser un indicador más convincente de lo que se quiere decir. El 30 de agosto de ese mismo año, con motivo de la campaña para convocar a elecciones nacionales, una de las principales agrupaciones piqueteras, la Federación Tierra y Vivienda, y uno de los gremios más importantes, la Central de Trabajadores Argentinos, convocaron a una movilización que en Capital Federal congregó a miles de personas y organizaciones sociales. Simultáneamente, en múltiples provincias, las manifestaciones sostenían pancartas con el ‘QSVT’ y pedían elecciones inmediatas por la caducidad de los mandatos, el aumento de los precios de los servicios y protestaban por la crisis económica en general. En Córdoba, organizaciones sociales y partidos políticos realizaron una manifestación con la consigna ‘unidad del campo popular; para que se vayan todos’. En Tucumán tres mil desocupados, estudiantes y empleados públicos de los municipios del interior

de la provincia se concentraron en la plaza Independencia, donde leyeron un documento ‘contra el fraude electoral y el actual rumbo económico’. En Jujuy los manifestantes realizaron un acto en las escalinatas de Casa de Gobierno, en el que uno de los dirigentes de una agrupación piquetera solicitó que toda ‘la dirigencia tiene que dar un paso al costado, para organizar una Argentina mejor’. En Mendoza los manifestantes además de pedir ‘que se vayan todos’, repudiaron el aumento en las tarifas de los servicios públicos, combustibles y transportes y pidieron que la Legislatura de su provincia no apruebe el pacto fiscal con la Nación. En Bahía Blanca, alrededor de doscientos integrantes de organizaciones sindicales, desocupados, asambleas barriales y partidos de izquierda se manifestaron pidiendo la eliminación del hambre y la desocupación y en ‘defensa de la salud y la educación pública’. Todas las acciones fueron simultáneas gracias a la convocatoria nacional.¹⁹

Como se puede observar, la coordinación de la acción era posible y la cantidad de participantes era numerosa. Los intentos de acercamiento entre las partes eran explícitos y sostenidos. Pero, más allá de la puesta en común, ningún líder ni organización surgió de esas manifestaciones para representar a aquella población que demostraba un daño y reclamaba su reparación. Ningún mito surgió del seno de esas movilizaciones para convertirse en un imaginario que hiciera posible una transformación social. Incluso, en las elecciones presidenciales que se realizarían en el año 2003, los dos más votados fueron dos competidores que provenían de las élites políticas. El primero, Carlos Menem, quién había sido el presidente que impulsó las políticas neoliberales durante la década de los noventa. El segundo, Néstor Kirchner, quién había sido gobernador durante muchos años por el PJ y era el sucesor elegido explícitamente por el, en ese entonces, presidente Eduardo Duhalde. Finalmente, Kirchner se convirtió en representante de la cartera ejecutiva entre el 2003 y el 2007. Desde este punto de vista, aquella cantidad de energía movilizada pareció no tener éxito político, al menos en materia electoral. La multiplicación de lugares de enunciación y la falta de identificación mutua entre los manifestantes fueron una constante, al igual que la ausencia de liderazgos definidos, a pesar de varios intentos de acercamiento entre las partes.

¿Por qué a pesar de la emergencia de la participación, de la sociedad movilizada y de la vinculación entre organizaciones no pudo constituirse una identidad, una estructura discursiva compartida o un sujeto político alternativo que ‘hegemonizara’ la escena política? Podrían ensayarse dos motivos. El primero tiene que ver con la eficacia de la consigna y la ausencia de cualquier propuesta de orden. El segundo, con las relaciones estratégicas de los diferentes colectivos.

A pesar de que la teoría de la hegemonía supone que tendencialmente se puede borrar los sentidos literales de las demandas para volverlas experiencias de la frustración social como tal, para muchos el significado de la consigna no podía ser atractivo como expresión del mundo porvenir. Ésta implicaba la negación de sus propias identidades y, en el fondo, el abandono de la actividad política. Este es el caso de los sindicatos y gremios, los partidos políticos de izquierda y algunas organizaciones de desocupados que, si bien simpatizaban con la acción de denuncia o rebelión de quienes sostenían el QSVT, no se sentían conformes con el mero rechazo. Además, aunque algunos de ellos no se orientaban a la conquista del poder estatal, estos colectivos tenían en claro que la superación de la crisis merecía una propuesta de reconstrucción del poder público estatal y, con ello, de las políticas

sociales y económicas. La pura negatividad que parecía expresar la consigna, iba en contra de la superación de la crisis.

El QSVT no podía desprenderse de sus contenidos literales; el fantasma de una posición anti-estatalista, anti-gubernamentalista le impedía universalizarse. Fue así que, frente a la propuesta de un Estado garante de la inclusión social que realizó primero el presidente Eduardo Duhalde y, luego, Néstor Kirchner, organizaciones como Barrios de Pie, Federación Tierra y Vivienda, etcétera, abandonaron el campo de la enemistad con el gobierno para aliarse a él. Los significantes vacíos que remiten a una dimensión de ordenación de la comunidad política ¿son más eficaces para interpelar socialmente?

Otra razón probable por la cual no fue posible constituir un imaginario hegemónico es que los discursos de las organizaciones políticas no electorales habían perdido eficacia y las estrategias de los actores no eran las adecuadas. En parte esto era así porque ya habían tenido éxito en aquello que, en un principio, se habían propuesto; declarar como enemigo y como amenaza de la justicia social al modelo neoliberal. Analicemos el caso de ‘los piqueteros’ quienes habían seguido una lógica del conflicto muy similar a la teoría del desacuerdo de Rancière (Muñoz 2005). Desde el crecimiento de su protagonismo a fines de la década, el movimiento de desocupados se identificaba por su oposición a un neoliberalismo que parecía, iniciado el año 2002 y con el cambio de gobierno, no tener una referencia clara. Desde el momento de su asunción, el presidente Duhalde había definido a ese mismo modelo como enemigo público (Biglieri y Perelló 2007; Muñoz y Retamozo 2008). Por tanto, los piqueteros ya no podían argumentar que sus demandas no eran respondidas por un gobierno neoliberal, en todo caso, solo por un gobierno ineficaz. Por tanto, su discurso iba perdiendo credibilidad pública; el enemigo había cambiado de forma, había que reconfigurar el discurso, y muchos de ellos no lograron hacerlo.

Por otra parte, los sindicatos, los partidos de oposición y otras agrupaciones sociales planteaban demandas que impedían inscribir a otros sectores dentro de su arco de acción por ser demasiado corporativas o poco creíbles. Los sindicatos actuaron enfrentados al nuevo gobierno participando de muchas movilizaciones en donde se coreaba la consigna QSVT, aunque se encontraban divididos. La Confederación General del Trabajo inició un diálogo con el presidente a pesar de que no dejaba de manifestarse. Presionaba por aumento de salarios y declaraban su ‘rechazo’ a la situación económica en general, pero no lograba dar unidad a las profundas diferencias internas.²⁰ La Confederación de Trabajadores Argentinos (gremio con mayoría de afiliados de origen estatal), en cambio, sostenía una estrategia que excedía las demandas corporativistas. Unos meses antes de iniciado el año 2002, había construido un ‘Frente contra la Pobreza’ con partidos políticos, organizaciones sociales y reconocidas figuras artísticas. Denunciaba, por negativos, los efectos sociales de la alianza del poder político y el económico. A pesar de sus intenciones de convertirse en algo más que los defensores de sus propios afiliados, sus líderes no lograban cuajar un discurso más allá de lo contestatario en una situación que requería de ordenación inmediata.

Los partidos de oposición no gozaban de credibilidad pública. El Partido Radical (UCR) había quedado sumergido en una profunda crisis institucional luego de la renuncia del presidente De la Rúa. Lo mismo sucedía con el FREPASO, otrora

su aliado en el gobierno. Los partidos de izquierda intentaban capitalizar la ganancia política de los protagonistas de las asambleas y de los piqueteros, aunque con poco éxito para lograr liderar o representar el deseo de cambio. La fragmentación entre ellos continuó. El ARI, por ejemplo, sostenía que la situación debía ser superada gracias a la transparencia y calidad institucional democrática, asociada a la participación política activa y a la inclusión social. Con ello trataba de seducir a la población que simpatizaba con las asambleas barriales así como a los grupos más los afectados por la crisis económica. El Partido Obrero, el Movimiento Socialista de Trabajadores, el Movimiento Autodeterminación y Libertad, etcétera, pedían por una Asamblea Constituyente para renovar los cargos, pero no articularon ninguna propuesta electoral o política común. A pesar de los intentos de acercamiento, las posiciones particulares o corporativas predominaron.

Así, la sociedad parecía estar dominada por un movimiento centrífugo. La multiplicación de demandas permitía generar vinculaciones y coordinar acciones producto del sentimiento de frustración compartido. Pero, también, la proliferación de las propuestas para superar la crisis y las débiles estrategias de los colectivos no permitían la construcción de un imaginario social ni la producción de articulación política para la creación de un sujeto hegemónico. En este contexto de multiplicidad de las fracturas, no parecía constituirse un antagonismo que pusiera a prueba diferentes proyectos globales o, en otras palabras, no parecían formarse horizontes hegemónicos en disputa más allá de las estrategias que el gobierno comenzaba a configurar. Se trataba de otro tipo de aparición de lo político, el antagonismo solo como el síntoma o imposibilidad de cierre hegemónico.

¿Antagonismo sin sujetos antagónicos? Las estrategias de los otros y la fractura ‘comunitaria’

Para la teoría de la hegemonía, los antagonismos son constitutivos de lo social y, por ello, ocupan un lugar central en sus argumentos. Si bien algo ya se ha dicho sobre el concepto de antagonismo, es necesario precisarlo un poco más. Pareciera que existen dos formas de entenderlo, no contradictorias, pero si diferentes. En su primera acepción, el antagonismo se acerca al ámbito de la reflexión filosófica y ontológica, lo que permite ubicar a esta teoría en la escuela post estructuralista; ‘el antagonismo realmente está representando los límites de la objetividad social’ (Laclau 1997, 132) Éste introduce en el espacio comunitario una frontera que lo atraviesa y lo fractura, representa un elemento que no puede ser dominado por el orden social. ‘Nuestra tesis es que los antagonismos no son relaciones objetivas, sino relaciones que develan el límite de toda objetividad. La sociedad está construida alrededor de estos límites, y ellos son los límites antagónicos’ (Laclau 1997, 52).

Desde una preocupación más analítica, los antagonismos adquieren el carácter de fuerzas sociales, construidas a través de demandas y articulaciones políticas que impiden el cierre hegemónico. ‘Los antagonismos presuponen la total exterioridad entre la fuerza antagónica y la fuerza antagonizada; si no hubiera relación de total exterioridad entre las dos, habría algo en la objetividad social que explicaría el antagonismo como tal, y en este caso, el antagonismo podría ser reducido a una relación objetiva’ (130). No es la objetividad social (por ejemplo, las relaciones de producción o el lugar que ocupan los sujetos en la estructura social) la que explica

el antagonismo, sino ‘la relación entre una objetividad social y otra que es exterior a ella’ (132) Entre esta explicación acerca del antagonismo y la inmediatamente anterior (es decir, como dislocación, simple límite de la objetividad social o como interrupción de una estructura u orden social) la concepción del antagonismo cambia.

Esta reflexión no tiene como objetivo un ‘preciosismo’ conceptual con respecto a la definición de antagonismo. Entenderlo de una u otra manera permite dar luz a diferentes fenómenos y, las consecuencias políticas, de ellos pueden ser muy diferentes. Se ha dicho hasta aquí, que no es posible hacer referencia de un sujeto político sino a múltiples actuando de manera vinculada. Ahora será necesario analizar la estrategia de aquellos que no sostenían la consigna y podían caer en el campo del ‘enemigo’ de aquellos; el gobierno nacional y los provinciales, así como líderes políticos en general. Veamos.

El gobierno de Duhalde nacido en el contexto de crisis, emprendió dos estrategias. Por un lado, diferenció demandas aunque las reconoció una a una, sosteniendo que eran un legado negativo de los anteriores gobiernos corruptos y ‘neoliberales’. Por el otro, intentó inscribirlas en un nuevo proyecto político-económico. Reconocer las demandas aisladas y corporativas le permitía desconocer a los colectivos que estaban actuando, quitándoles visibilidad en el espacio público y negando la existencia del objeto que aquellos sostenían como eje del conflicto (la legitimidad de los representantes, de las políticas económicas, etcétera) En este sentido, intentaba desactivar lo que el QSVT hacía, definir a un enemigo de la sociedad, y ubicaba otra línea de división del espacio político; el neoliberalismo, los otros gobiernos. Lo segundo se orientaba a reordenar la escena política, buscando otras formas de organizar el juego de ‘equivalencias’. Dicho de otra manera, construyendo un campo ‘amigo’ para organizaciones, ciudadanos y demandas, en donde el gobierno estuviera inserto.

Frente a las demandas por la apertura del ‘corralito’, los planes de empleo y alimentos, el gobierno tramo una estrategia de diferenciación y sostuvo reuniones con las organizaciones y dirigentes que las elevaban. Además, no atendía a los piqueteros sino que declaraba que se iban a resolver las demandas de ‘los desocupados’. En vez de referirse a las ‘cacerolas’ y ‘asambleas’, se intentaba dar solución a las personas que tenían ahorros a través de la pesificación y se proyectaba una reforma política para hacer más transparentes las instituciones. En ningún momento el presidente, ni ninguno de sus ministros, hacían referencia o se reconocían como legítimo al QSVT. Además, se interpelaba a empresarios de sectores industriales para reactivar la economía y a otros actores como la Iglesia Católica y los sindicatos.

El presidente creaba nuevos sentidos para hacer inteligible y dominable la escena, y, sobre todo, se intentaba mostrar como una propuesta de orden, a la vez que reconocía el daño social, ‘Argentina decide construir una nueva alianza, la alianza de la comunidad productiva’.²¹ Se orientaba a reconocer que las demandas eran legítimas y eran producto del perjuicio producido por los anteriores gobiernos, intentaba fórmulas de unidad nacional, expresaba soluciones tales como situar al Estado como el garante de la reparación social y al sector exportador-productivo como el motor de la economía.

Nuestro punto de partida es un presente de grave exclusión social, es un presente de injusticias extremas. Toda la pobreza es intolerable; en nuestro país la po-

breza ha adquirido características gravísimas. Se están vulnerando derechos humanos básicos, a la vida, salud, alimentación, vestido, vivienda, educación. Terminar, pues, con la indigencia y la injusticia y recuperar la movilidad social ascendente es el piso mínimo de todo diálogo nacional. Sobre esta base ética es de donde debemos comenzar a trabajar.²²

Esta declaración la realizó el presidente en el marco del Mesa del Diálogo Social donde se reunieron representantes del gobierno, la Iglesia Católica, organizaciones no gubernamentales y representantes del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Ese mismo día se llevaban a cabo movilizaciones por parte de ahorristas que reaccionaban ante las declaraciones del presidente acerca de la imposibilidad de devolver a corto plazo los depósitos bancarios retenidos por falta de liquidez. Los mismos coreaban la consigna QSVT. El presidente se dirigía a los que tenían ahorros, a los desocupados, a los pobres o a la clase media, pero no a los asambleístas o a los piqueteros. Hubiera sido una mala estrategia instituir como enemigo a quienes lo instituían a él como tal. La puesta en escena de éstos creaba numerosas simpatías y la imagen que proyectaban era el de la ciudadanía movilizada. ¿Qué gobierno se opondría a una ciudadanía y una opinión pública que le daba una valoración positiva a las acciones de los manifestantes?

Los gobiernos de las provincias también eran objeto de polémica y actuaban tratando de eliminarla. Al asumir Duhalde como presidente interino, los gobernadores declararon su apoyo a la gestión presidencial pero amenazaban con retirarlo en caso de que el recorte presupuestario a sus estados deviniera en ausencia de partidas en materia de alimentos y subsidios sociales (Godio 2003). La continuidad de la emisión de bonos (medio de cambio de validez interna) que se derivó a las provincias para pagar salarios atrasados, aguinaldos y planes sociales, representó una buena estrategia para forzar el compromiso y cerrar filas detrás del presidente.²³ El gesto era claro, la mayoría de los recursos públicos debían ir a resolver la situación social, descartando los compromisos con agentes financieros internacionales. Esto indica varias cosas. La primera y más obvia, la necesidad de permanencia. La segunda, que leían a la movilización social como la principal amenaza. No obstante, el éxito de su accionar dependía del rumbo de la economía nacional, puesto que de allí surgirían los recursos para tratar las demandas dirigidas a las gobernaciones (como, por ejemplo, el pago atrasado de salarios públicos). Finalmente, en el año 2003 la economía fue mejorando y los excedentes públicos fueron llegando a las provincias.

Muchos que habían sido objeto de ‘escraches’ y repudios trajeron, tiempo después, de dar sentido a dicha situación. Como se observa en la siguiente frase, la manifestación se entendía como un ruido, algo irracional y espurio,

Por supuesto que nunca llegué a comprender por qué en esos momentos, cuando era más necesario hablar, algunos se aturdieron con sus propios gritos. Pero en esos días las sirenas cantaban ‘que se vayan todos’ y con su encantamiento se llegó a perder la capacidad de razonar. La moda del asambleísmo prendió en importantes sectores del país. Algunos nostálgicos, por edad o por literatura, soñaban con la toma del Palacio de Invierno, aunque no hubiera palacio y el verano fuera agobiante.²⁴

En general, los líderes de los partidos políticos que se encontraban ocupando cargos públicos, sobre todo del PJ y la UCR, seguían este patrón de conducta. Es decir, no reconocían como legítimo el reclamo de QSVT. Al igual que el discurso del presidente, reconocían a los ahorristas, a los desempleados y a los pobres como víctimas de los anteriores gobiernos. De las asambleas poco se decía. En general, todos ponían el acento en un argumento; las manifestaciones son legítimas porque la situación es crítica, pero no hay ningún colectivo más que nosotros que pueda atender a las demandas. Era lógico que el QSVT no pudiera ser tratado a través de los canales de representación y de los recursos gubernamentales porque ella misma representaba la negación de esos canales. La represión y falta de ‘comprensión’ de las manifestaciones daba cuenta de la imposibilidad de encontrar continuidades ‘lógicas’ entre el mundo del gobierno y los múltiples escenarios planteados por los manifestantes. No se trataba de una simple obstinación o una falta de voluntad para el diálogo de las partes. La estrategia de los funcionarios, incluyendo el presidente y su gobierno se dirigía a evadir, no nombrar, porque su discurso no podía contener ni articular una demanda que negaba su propia existencia.

¿Puede concluirse que se trataba de un contexto en el cual dos fuerzas antagónicas dividían el espacio social a partir de proyectos de comunidad mutuamente excluyentes? El gobierno si se dio la tarea de ordenación de la sociedad ‘quebrada’ a través de un mito centrado en el Estado reparador, aunque no fue hasta el año 2003 con el gobierno de Kirchner que la normalidad alcanzó nuevamente la escena (Biglieri y Perelló 2007, Muñoz y Retamozo 2008) Por otra parte, la consiga QSVT, que servía para ‘disparar todos juntos’ sin otro objetivo que la expresión de un rechazo, había eclipsado el protagonismo político de los que actuaban desde fuera de las instituciones políticas de representación tradicional. Pero no lograba constituir un mito ni liderazgo sobre el cuál articular una alternativa social.

Puede decirse, entonces, que durante el año 2002 la situación parecía, como diría Gramsci, una crisis en la cual lo que estaba muriendo no terminaba de morir y lo que estaba naciendo tampoco terminaba de nacer. Escribía Farinetti en el año 2002,

Hay fuertes indicios de que estamos presenciando la estructuración de un nuevo conflicto social y no podemos predecir cuáles serán los sujetos del mismo. No sabemos, en definitiva, cuál será el resultado de las luchas por la integración social de las zonas de la sociedad que han quedado desvinculadas del empleo y también de la política. Apenas podemos describir numerosas agrupaciones sociales en rápida evolución que resisten (2002, 74).

Desde el gobierno se ensayaba un ejercicio de sutura, pero el QSVT se mantenía como un límite difícil de dominar. La sociedad argentina aparecía fisurada,

El sistema político tiene miedo – Se está cuestionando una forma de democracia – Todas las voces, todas. Salieron a manifestarse contra la Corte, los bancos y los políticos – Los políticos escondidos de la gente – Argentina: las nuevas reglas del juego – Una reacción por la crisis: sienten temor por el rechazo popular – Los políticos debieron cambiar sus hábitos – Tuvieron que bajar al mínimo su nivel de exposición pública porque la gente, cuando los reconoce, los insulta y los arremete – Intendentes que deben escapar por los techos para evitar

ser linchados – Ex funcionarios que deben dar explicaciones en bancos y en shoppings – Lamentos por la nueva condición.²⁵

Reflexiones finales

¿Qué tipo de actuación política representó el QSVT? ¿Qué impacto político tuvieron las protestas contra la clase política? ¿Qué se puede hacer desde el registro de lo político aunque ausentándose y rechazando cualquier grado de participación en las instituciones tradicionales de la política?

Muchos consideraron a estas protestas como acciones irracionales porque expresaban nada más que un rechazo sin presentar propuestas o soluciones ‘posibles’ a la crisis. No obstante, estas posiciones partían de un supuesto erróneo; una interpretación literal de la consigna que no permitía observar las consecuencias políticas de las protestas. En este sentido, los conceptos de significante vacío y antagonismo fueron muy útiles para entender mejor el fenómeno. Como se analizó, la consigna ‘QSVT’ actuó como un ‘significante vacío’ al vincular una serie de organizaciones y ciudadanos con diferentes demandas y reivindicaciones tras una posición común. Esto permitió disminuir los costos de participación en el espacio público y mostró una fractura en el escenario político que tuvo diversos efectos positivos. Por otra parte, al contrario de lo que la teoría de la hegemonía pareciera tender a concluir, la formulación de un enemigo común no generó relaciones de articulación política, ni se constituyó un sujeto hegemónico que permitiera superar el antagonismo. Veamos.

La consigna favoreció la vinculación entre organizaciones y ciudadanos e hizo menos costoso el ejercicio de presentar o enviar, al espacio público, el mensaje de frustración compartida frente a la clase política. Es probable que sin una consigna común, a las organizaciones y a la ciudadanía que participó de las manifestaciones les hubiera hecho más costoso presentar en el espacio público su voto frente a la dirigencia y al rendimiento de los gobernantes en general. Si bien se trata de un análisis contra fáctico difícil de comprobar, los reclamos de las organizaciones sociales y la ciudadanía presentados aisladamente, no hubieran tenido la fuerza de irrupción que tuvieron. A finales del año 2002, cuando la consigna fue cada vez menos utilizada y las organizaciones se fueron aislando cada vez más, éstas fueron perdiendo peso en el espacio público.

La consigna tuvo una notable capacidad para mostrar el agotamiento de las formas en que el orden se organizaba; la percepción que introdujo era que la comunidad política estaba herida de muerte. Aunque a primera vista era negativo, algo positivo salía de ello. El poder político dejaba de ser ‘propiedad’ o igual a una clase política y un modelo económico. Durante dos décadas, los líderes de la UCR y el PJ habían estado alternándose el poder y, durante los últimos diez años, se venía postulando que no podían implementarse otras políticas económicas que no fuesen las del tipo neoliberal, a pesar de los costos sociales que todo esto generaba. El QSVT venía a renovar esta idea de que el poder y la ley no pueden ser ocupados plenamente por ningún proyecto político, ningún líder, ningún actor.

Así, la acción en común cumplió con una función reguladora de los representantes al interpelar constantemente al poder político, al amenazar su propia existencia. La pura negatividad del QSVT, es decir, la vinculación a través de la mera

enemistad también tuvo un impacto sobre las instituciones. Muchas de las reformas realizadas por los gobiernos de Duhalde y de Kirchner tuvieron en cuenta las demandas concretas detrás del QSVT. Obviamente la única forma del tratamiento institucional que tenían estas protestas era a través de sus demandas particulares y no de la consigna general. Así, el pedido de renuncia de la Corte Suprema y los recursos para los desempleados, demandas que estaban tras las movilizaciones, fueron atendidas. Los planes de empleo y subsidios para los desocupados aumentaron durante los dos gobiernos. Agregado a ello, después de que Néstor Kirchner asumiera el poder ejecutivo, hubo una renovación total de los jueces de la Corte. La cuestión de la justicia, la inclusión social y la representación política fueron temas recuperados por todos los actores políticos, tanto oficialistas como opositores.

Ahora bien, aunque la consigna actuó de significante vacío, no se produjeron articulaciones en el sentido otorgado en este trabajo. En el caso de Argentina, la consigna QSVT fue un instrumento para actuar todos juntos pero, como ya se ha demostrado, sin ningún grado de compromiso entre las identidades que la impulsaban. Finalmente, las organizaciones se debilitaron, desaparecieron o fueron cooptadas por otros actores políticos. En relación con esto, me gustaría culminar con algunas reflexiones de índole teórica. Se podría especular que la naturaleza de la consigna era la expresión de un rechazo. Esta orientaba la acción de muchos tras la identificación de un enemigo abstracto, ‘los gobernantes’, ‘la clase poderosa’. Esto tenía un fuerte componente desestabilizador pero parecía muy débil para instituirse como una solución a los daños sociales que presentaban cada una de las demandas. Esto podría ser un indicio de una intuición interesante pero difícil de comprobar; la capacidad hegemónica de una consigna o una identidad social dependen de, al menos, una propuesta vaga de ordenación social. Esto no es porque existe una tendencia en nuestra naturaleza que nos impulsa a elegir al orden por sobre el caos (como el propio Laclau parece proponer en algunos pasajes de su obra). Más bien, se debe a que un sujeto político, organizado a través de demandas, supone la existencia de una herida social que se debe suturar o tratar.

La negatividad o frustración social es la condición de aparición de una voluntad hegemónica. Estas faltas se formulan, en general, en clave de una injusticia realizada sobre la sociedad o el pueblo, a lo que se agrega la necesidad de su reparación. Desde este punto de vista, sería más atractiva una propuesta de ordenación que se presente como promesa de superación, más que la mera proclamación de un rechazo y una falta. Es posible que las organizaciones y asociaciones no hayan cedido sus posiciones corporativas, es decir, no se hayan articulado, porque no tuvieron ningún estímulo en este sentido. Un ejemplo para contrastar esto que se viene diciendo lo puede ofrecer la promesa de reparación a través del Estado y las acciones de los presidentes Duhalde y Kirchner. Como se analizó, la acción del gobierno fue negar la existencia de un antagonismo y culpar a los otros gobiernos de la situación. Además, organizaron el discurso a partir de impulsar la exportación y a las instituciones públicas para componer la sociedad fracturada. Finalmente, la idea de un ‘Estado con inclusión social’, explotada por ambos presidentes, llegó a ser la superficie mítica que permitió que, diversas organizaciones y personajes con orígenes ideológicos muy diversos (por ejemplo, Barrios de Pie, Federación Tierra y Vivienda y líderes del partido radical), se convirtieran en parte del proyecto oficialista.

En conclusión, el análisis también nos permitió reflexionar sobre tres asuntos de carácter más teórico. En primer lugar, sin articulación hegemónica, la capacidad de estructurar el campo de acción de los otros, por parte de los movimientos y organizaciones y, por tanto, de instituir soluciones a las crisis, puede que quede en manos de otros actores. En segundo lugar, sin una propuesta que contenga una vaga promesa de ordenación política, las consignas y propuestas míticas pueden ser menos efectivas a la hora de articular demandas y organizaciones. En tercer lugar, y a pesar de lo dicho anteriormente, es posible actuar colectivamente y políticamente sin la necesidad de generar fuertes articulaciones políticas ni comprometer las identidades en relación. La política no necesariamente implica la generación de nuevas identidades, como pareciera ser la teleología detrás de la teoría de la hegemonía.

El QSVT permitió ser el canal para que múltiples ciudadanos participaran por fuera de los conductos tradicionales, con diferentes demandas y con un enemigo común. Éste fue el síntoma y la causa de una sociedad fracturada producto de las frustraciones sociales frente al poder político. Poniéndolo en palabras de Castoridis (2005), las organizaciones y ciudadanos no fueron los protagonistas de nuevas significaciones e instituciones sociales que tuvieran la capacidad de instalar nuevas reglas y justificaciones para ordenar la sociedad argentina. Pero si pudieron mostrar que el poder político no puede ser ocupado permanentemente por una clase, un interés o un modelo de organización económica. El poder en democracia, diría Lefort (1990), es un lugar vacío.

* * *

María Antonia Muñoz es Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (FCPyS-UNAM). Título de la Tesis doctoral: ‘Las Fronteras de la política y los nuevos espacios para el quehacer político. Argentina 1990-2004’. Las publicaciones más recientes han sido, ‘Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de “pueblo” en la retórica de Néstor Kirchner’, *Perfiles Latinoamericanos*, Revista de la Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales, 31, enero-junio, 2008, México (coautor Martín Retamozo). También ha publicado ‘Laclau y Rancière; algunas coordenadas para la lectura de lo político’, *Andamios* No. 4, Junio, ISSN: 1870-0063. México. <mariaantoniamunoz@gmail.com>

Notas

1. A mediados del año 2002 el universo de asambleas estaba conformado entre 250 y 300 asambleas. Existen diversos datos. Un estudio de Di Marco y otros (2003) señala que a mediados del 2002 existieron aproximadamente 170 entre Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, 17 en Córdoba, 12 en Santa Fé, 5 Mar del Plata, 3 en Mendoza. Recalde (2003) en cambio dice que para septiembre había 270 repartidas en todo el país, pero concentradas en Capital Federal.
2. Citado en Vega 2008, 80.
3. Los estudiosos de la participación política han insistido en la distinción entre la participación política convencional y no convencional. En el siglo XIX pensadores como Le Bon describían a la se-

gunda por sus componentes irracionales, de baja moralidad y anti-institucionales. No obstante, desde hace ya muchos años no se las diferencia por este tipo de criterios. En general, los autores coinciden en que la participación política siempre implica un grado de amenaza a los titulares de cargos de gobierno y de autoridad, aunque está orientada electoralmente e implica el uso de canales formales (legalizados o autorizados por la Constitución). Dentro de los estudios de cultura política, la participación convencional hace referencia a diversas acciones tales como el voto, asistir a mitines, trabajar para un partido político y acciones orientadas a influir sobre el voto de los otros (Torcal et al. 2003). La participación política no convencional, en cambio, supone aquellas acciones no organizadas por instituciones políticas legalmente autorizadas para competir por el poder político (por ejemplo, partidos políticos). En este tipo de manifestaciones se incluyen las peticiones, protestas callejeras (como huelgas, sentadas, cortes de vías públicas, boicot) y acciones más violentas como destrucción de propiedades, sabotajes y pintadas. Esta división entre convencional y no convencional es formal y no hace referencia a la novedad del tipo de participación. Muchos estudios han demostrado que ya desde la década de los 60 y en conjunto con el crecimiento de los valores denominados post materiales, es cada vez más usual el segundo tipo y que además los actores suelen usar los dos tipos de expresión de demandas.

4. Las fuentes de información primarias y secundarias sobre las que se sistematizó el análisis fueron diversas, a saber, entrevistas en profundidad (31) realizadas en diferentes ciudades del país a líderes de organizaciones sociales y funcionarios públicos; discursos oficiales desarrollados en diferentes actos públicos de los presidentes, Fernando De la Rúa (1999-2001), Eduardo Duhalde (2002-2003) y Néstor Kirchner (2003-2007); notas periodísticas de los diarios *La Nación* y *El Clarín* entre los años 2001 y 2002 relacionadas, por un lado, con las declaraciones presidenciales en materia de política económica y pública, y por otro, con las protestas y movilizaciones públicas; notas periodísticas de los diarios *La Nación*, *Diario Página 12* y *El Clarín* entre los años 2001 y 2002 que publicaron declaraciones de líderes de organizaciones de desocupados, asambleas barriales, organizaciones de ahorristas y movimientos de fábricas tomadas. También se analizaron bases de datos sobre conflictos y protestas relacionadas de las organizaciones sociales e información estadística acerca de los planes de empleo, subsidios y otro tipo de recursos públicos dirigidos a los desempleados y personas en condiciones de pobreza.
5. En estricto sentido, Laclau no iría contra la idea de que la participación y la acción colectiva son menos políticas por la simple razón de que no lograron reconstruir lo social a partir de un mito hegemónico, ya que para él 'hay política porque hay subversión y dislocación de lo social' (2000, 77). No obstante, por momentos en su teoría parecería que la única manera de 'subvertir' y 'dislocar' es a través de la constitución de identidades definidas por la construcción de cadenas de equivalencias tras la constitución de una demanda que ejerce de superficie de inscripción y de mito surtidor del espacio social dislocado. Esta tendencia se puede observar aún más en su libro *La razón populista* (FCE 2005).
6. Extraídos de las notas de los diarios *Página 12* y *El Clarín* de los días 19, 20 y 21 de diciembre del 2001.
7. Al asumir en el año 1999, el gobierno de coalición se tuvo que enfrentar a un contexto de recesión económica y, al poco tiempo, a un quiebre de las alianzas políticas que lo habían llevado a la victoria. Los frentes de batalla que se abrían eran múltiples. La renuncia del vicepresidente Carlos Álvarez (06.10.2000) minó la credibilidad del gobierno al perder uno de los aliados principales. Álvarez abandonó su mandato denunciando a sectores del oficialismo de comprar votos en el senado. Por otra parte, el déficit fiscal en combinación con la imposibilidad de emitir circulante (producto de la Ley de Convertibilidad), dejaba al Estado sin recursos para dar respuesta a las demandas sociales.
8. Fragmento del documento 'Democracia por Nosotros Mismos', Movimiento por la Consulta Popular que agrupaba a organizaciones sociales, partidos y gremios de centro izquierda y progresistas, marzo, 2001.
9. Estas declaraciones son de Alicia Gutiérrez, dirigente del Polo Obrero de Avellaneda, de origen marxista, en el marco de una amplia movilización piquetera y una huelga general el día 13.12.2001 (extraídas del diario *La Nación* 14.12.2001). Aquí no se está proponiendo que ésta figura sea representativa de las manifestaciones sino se está probando la disponibilidad de la consigna en el espacio público y el grado de credibilidad de la misma. Para analizar también la disponibilidad de la con-

- signa en el espacio público ver el trabajo de Schuster et al. 2002. Además se puede analizar los conceptos de disponibilidad y credibilidad en los textos de Ernesto Laclau (1997, 2000, 2005)
10. Citado en *Diario Página 12*, 12.01.2002.
 11. Los 'cacerolazos' era una forma típica de intervención en el espacio público que generaban muchas adhesiones y no requerían de un costo alto de participación para aquellos que no querían o podían involucrarse mucho en la protesta o en organizaciones. Una encuesta nacional realizada entre el 26 y 28 de febrero del 2002 demostró el nivel de convocatoria que ejerció este tipo de protestas. La pesquisa registró que el 64.1 por ciento de los argentinos tenía una imagen positiva de los cacerolazos y un 25 por ciento aseguró haber participado de las protestas de alguna manera (Recalde 2003).
 12. Encuesta realizada por el Centro para la Nueva Mayoría. *Diario Página 12*, 18.12.2005.
 13. 'Del hambre y la desocupación. La situación y el rol de la asamblea a nivel local', publicado en el *Boletín Número III*. Citado en Vega 2008.
 14. Colectivo Situaciones 2002, pp. 7. Este es parte de una serie de publicaciones emprendidas por un grupo de personas relacionadas a las organizaciones de desocupados que no están asociadas a ningún partido político y que sustentan la posición de construir un contrapoder paralelo al Estado.
 15. Declaraciones extraídas de una entrevista a un ahorrista en la página 'Nadir.Org'; nadir.org/nadir/initiativ/agp/free/ftaa/noticias_nl/quesevayan.htm (fecha de consulta: 25.01.2007).
 16. Declaraciones de Guillermo Pistonesi para *La Fogata*, 06.02.2002, <http://www.lafogata.org/02latino/latinoamerical/todos.htm>.
 17. Algunos podrían decir que en realidad la consigna adquirió múltiples significados, lo cual sería una observación correcta. No obstante, el rol que cumplió sigue siendo el mismo, no es su vaciamiento o el enriquecimiento de los sentidos lo que se quiere poner en cuestión. Más bien, se quiere señalar cómo las consignas cumplen una función de coordinación social. Dicho de otra manera, permiten la acción colectiva a pesar de la diversidad de demandas.
 18. Esta última entendida como un conjunto de arreglos institucionales que designa quienes tomarán las decisiones vinculantes, cómo se elegirán y quienes los elegirán a aquellos que las tomen (gobernantes-gobernados), cómo se resuelven los conflictos entre los actores y cómo se distribuirán los principales recursos simbólicos y materiales.
 19. *Diario Página 12*, 31.08.2002.
 20. Durante el período que 2001-2002 el salario real promedio cayó 18,2 por ciento (MECON-INDEC 2006).
 21. Fragmento del discurso del presidente Duhalde en La Quinta de Olivos, 4.01.2002.
 22. Declaraciones del presidente Eduardo Duhalde, el 10 de enero del año 2002, ante los reunido en la Mesa de Diálogo Social. Citado en Silleta 2005, 98.
 23. A principios del año 2002, uno de cada tres pesos argentinos eran bonos Lecop, Patacones, Lecor, Quebracho y otros títulos-monedas, a los que luego se sumaron 'el Porteño' en la Capital y 'el Petrom' en Mendoza. Los bonos emitidos antes del 2002 y las nuevas series autorizadas sumaban en marzo del 2002 casi 7.300 millones de pesos, mientras que los pesos en circulación, en tanto, totalizaban 13.200 millones. Los títulos se usaban para pagar los sueldos oficiales, las jubilaciones y a proveedores (Para más información ver *Diario El Clarín*, 13.03.2002, disponible en: <http://www.clarin.com/diario/2002/03/13/e-00701.htm>).
 24. Declaraciones de Oscar Lamberto en el año 2003, Secretario de Hacienda del gobierno de Duhalde.
 25. *Diario Página 12* los días 14, 21 de enero, 2 de febrero y 15 de marzo del año 2002. También ver diario *La Nación*, 17.01.2002.

Bibliografía

- Aibar, Julio (2007) 'La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño'. En: Julio Aibar (coord.) *Vox Populi*, FLACSO, pp. 19-54.
- Almeyra, Guillermo (2004) *La protesta social en la Argentina (1990-2004). Fábricas recuperadas, piquetes, cacerolazos, asambleas populares*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Arditi, Benjamín (2005) 'El devenir-otro de la política: un archipiélago post-liberal'. En: Benjamín Arditi (Ed.) *¿Democracia post-liberal? El espacio político de las asociaciones*. Barcelona: Anthropos.

- pos Editorial, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 219-48.
- (2007) ‘Post-hegemony: politics outside the usual post-Marxist paradigm’, *Contemporary Politics*, Volume 13, Issue 3, September 2007, pp. 205-26.
- Auyero, Javier (2007) *La Zona Gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina Contemporánea*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2006) ‘The Political Makings of the 2001 Lootings in Argentina’, *Journal of Latin American Studies*, 38/2 pp. 241-65.
- (2002) *La Protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires: Centro Cultural Rojas, Serie Extramuros.
- Beasley-Murray, Jon (2007) ‘Insurgent Movements’, en http://weblogs.elearning.ubc.ca/leftturns/2007/05/insurgent_movements.php (fecha de consulta: 23.12.2007).
- Biglieri, Paula (2004) Antagonismo y Síntoma: cacerolazos y asambleas barriales. La crisis de diciembre de 2001 en Argentina. Tesis presentada para grado de Doctor por la Universidad Autónoma de México, FCPyS.
- Biglieri, Paula y Gloria Perelló (2007) *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*, UNSAM.
- Bloj, Cristina (2004) ‘Presunciones acerca de una ciudadanía indisciplinada; asambleas barriales en Argentina’. En: Daniel Mato (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Venezuela: FACES, Universidad Central de Venezuela, pp. 133-50.
- Camou, Antonio (2004) ‘¿Bipartidismo, bialiancismo o partido dominante? El gobierno de Kirchner y la renovación del sistema de partidos en Argentina’, *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, N° 7, Venezuela: FLACSO, UNESCO, Nueva Sociedad, pp. 32-41.
- Castañeda, Jorge (2006) ‘Latin America’s Left Turn’, *Foreign Affairs*, 85 (3): 28-43.
- Castoriadis, Cornelius (2005) *Figuras de lo pensable*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Cheresky, Isidoro; Jean-Michel Blanquer (2004) *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Cleary, Matthew (2006) ‘Explaining the Left’s Resurgence,’ *Journal of Democracy*, 17(4): 35-49.
- Conterras Ibáñez, Carlos César; Fredi Everardo Correa Romero, y Luis Felipe García y Barragán (2005) ‘Participación política no convencional: ¿Culturas de protesta versus culturas institucionales’, *Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, Vol. 1, N°. 1, pp. 181-210.
- Crozier, M.; S. Huntington y J. Watanuki (1975) *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*. Nueva York: New York University Press.
- De Ípola, Emilio (2004a) ‘Política y sociedad ¿Escisión o convergencia?’ En: Graciela Di Marco y Héctor Palomino (Eds) *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General San Martín-Jorge Baudino Ediciones, pp. 55-71.
- Di Marco, Graciela; Héctor Palomino, Susana Méndez, Ramón Altamirano, Mirta Libchaber de Palomino (2003) *Movimientos Sociales en la Argentina. Asambleas: la politización de la sociedad civil*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General San Martín-Jorge Baudino Ediciones.
- Farinetti, Marina (1999) ‘¿Qué queda del movimiento obrero? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina’, *Trabajo y Sociedad, Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*. N° 1, vol. I, junio-septiembre, Argentina.
- Farinetti, Marina (2002) ‘La conflictividad social después del movimiento obrero’, *Nueva Sociedad*, 182, pp. 65-75.
- Fernández, Ana María (2008) *Política y subjetividad: Asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Editorial Biblos.
- Godío, Julio (2002) *Argentina: en la crisis está la solución. La crisis global desde las elecciones de octubre de 2001 hasta la asunción de Duhalde*, Buenos Aires: Editorial Biblos.
- (2003) *Argentina: luces y sombras en el primer año de transición. Las mutaciones de la economía, la sociedad y la política durante el gobierno de Eduardo Duhalde* (enero-diciembre de 2002) Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Grüner, Eduardo (2004) ‘Subjetividad y Política’. En: Graciela Di Marco y Héctor Palomino (comp.) *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín-Jorge Baudino Ediciones.
- Hardt, Michael; y Antonio Negri (2006) *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: DelBolsillo.

- Iñigo Carrera, Nicolás; y María Celia Cotarelo (2003) ‘La insurrección espontánea. Argentina diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización’, *Documentos de Trabajo PIMSA*, 43.
- Laclau, Ernesto (1997) *Hegemonía y Antagonismo; el imposible fin de lo político*. Sergio Villalobos (Ed.) Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- (2000) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- (2005) *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto; y Chantal Mouffe ([1985] 2004) *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Lamberto, Oscar (2003) *Los peores cien días*. Editorial Biblos.
- Lefort, Claude (1990) ‘Democracia y advenimiento de un lugar vacío’. En: Claude Lefort, *La invención democrática*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, pp. 187-93.
- MECON Ministerio de Economía Nacional, INDEC, Dirección Nacional de Cuentas Nacionales (2006) *Cuenta de generación del Ingreso e Insumo mano de obra*, Disponible en: http://www.mecon.gov.ar/secpro/dir_cn/ingreso.htm (fecha de consulta: 20.12.2006).
- Muñoz, María Antonia (2005) ‘La difícil construcción de una identidad colectiva: Los piqueteros’, *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* (043). Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=62304307> (fecha de consulta: 09.11.200).
- Muñoz, María Antonia; y Martín Retamozo (2008) ‘Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de ‘pueblo’ en la retórica de Néstor Kirchner’, *Perfiles Latinoamericanos*, 31, pp. 151-68.
- Negri, Antonio; Giuseppe Cocco (2003) ‘El trabajo de la multitud y el éxodo constituyente, o el “quilombo argentino”’. En: Antonio Negri, Giuseppe Cocco, César Altamira, Alejandro Horowicz, *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Paidós, pp 51-69.
- Panizza, Francisco (2005) ‘Unarmed Utopia Revisited: The Resurgence of Left-of-Centre Politics in Latin America,’ *Political Studies*, 53(4): 716-734.
- Pérez, Germán (2002) ‘Modelo para armar; complejidad y perspectivas de la protesta social en la Argentina reciente’, *Argumentos*, No. 1. Disponible en: <http://argumentos.fsoc.uba.ar/n01/articulos/perez.pdf>.
- Pérez, Germán; Martín Argelino, Federico M. Rossi (2005) ‘Entre el autogobierno y la representación. La experiencia de las asambleas en Argentina’ en Schuster, F.; F. Naishat; G. Nardacchione, S. Pereyra (comp.) *Tomar la palabra: Estudios sobre la protesta social en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 387-413.
- Pousadela, Inés (2006) *Que se vayan todos: enigmas de la representación política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Rancière, Jacques (2002) ‘Peuple ou multitudes?’ Entrevista de Eric Alliez, *Multitudes*, No. 9.
- (2006) *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Recalde, Héctor (2003) *La protesta social en la Argentina desde las primeras sociedades de resistencia al movimiento piquetero*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Schuster, Federico; Germán Pérez, Sebastián Pereyra, Martín Armelino, Matías Bruno, Marina Larondo, Nicolás Patrici, Paula Varela, Melina Vázquez (2002) *La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001* (Informe de Coyuntura No. 3). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Schuster, Federico; Germán Pérez; Sebastián Pereyra; Melchor Armesto; Martín Armelino; Analía García, Ana Natalucci; Melina Vázquez; Patricia Zepcioglu (2006) *Transformaciones de la protesta social. Argentina, 1998-2003*. Buenos Aires, GEPSAC, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 69 p.
- Svampa, Maristella (2003) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Editorial Biblos-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- (2004) ‘Dificultades y logros de las movilizaciones sociales’, *Multitudes*, No. 14. Disponible en: <http://multitudes.samizdat.net/Dificultades-y-logros-de-las.html>
- Svampa, Maristella; y Sebastián Pereyra (2003) *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Tarrow, Sydney (1997) *El poder en movimiento. Los nuevos movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

- Torcal, Mariano; José Ramón Montero Gibert, y Richard Gunther (2003) ‘Ciudadanos y partidos en el sur de Europa: los sentimientos antipartidistas’, *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 101, pp. 9-48.
- Touraine, Alain (1986) ‘La inútil idea de la sociedad, el hombre, la idea y las instituciones’. En: A. Touraine, J. Haberlas, F. Repetto, F. Xavier Herrero, Francisco Galván Díaz (comp.) *Touraine y Habermas: ensayos de teoría social*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/ Universidad Autónoma de Puebla, pp. 89-126.
- Vega, Noelia Monge (2008) Que se vayan todos. El eco de las cacerolas en los barrios porteños. Asambleas populares en Argentina, perspectiva espacial de la acción colectiva, tesis presentada para grado de Doctor por la Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia.
- Virno, Paolo (2003) *Gramática de la multitud: Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires: Colihue, Puñaladas.
- Zibechi, Raúl (2003) *Genealogía de la revuelta. Argentina, la sociedad en movimiento*. La Plata: Letra Libre.
- Žižek, Slavoj (2000) *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.